
SEMBLANZAS

JUAN GOYTISOLO [1931-2017]: TANTO MONTA, MONTA TANTO

Juan Goytisolo construyó una congruencia literaria y testimonial cuyo primer y gran mérito es el de existir en y para un momento histórico determinado, el de apretar unos resortes circulares que envuelven un mundo y el de proponer un acento que acabó por ganar autoridad dramática y presencia resonadora.

DANUBIO TORRES FIERRO

E *tre dépaysé*: he ahí la expresión francesa que se traduce literalmente por estar fuera de su país pero que también contiene, en su significado, la idea de exilio y la de extranjero. *Etre dépaysé*: he ahí, si bien se mira, la palabra central de la summa, y del texto vital, de Juan Goytisolo. "It is better to be *dépaysé* in someone else's country than in one's own" ("Más vale sentirse *dépaysé* en un país extraño que en el propio") –escribe Cyril Connolly en *The Unquiet Grave*.



Al menos en una de sus versiones más fuertes, la figura que Juan trazó de sí mismo, y la figura que hizo encarnar en sus creaciones, responde a la voluntad de llevar a sus extremos el destierro y la trashumancia. De más en más paranoico de sus intereses, de más en más a favor de las propias emociones, y de más en más dispuesto a cavar en una reverenciada facundia cervantina, Juan se dedicó a adentrarse en la construcción de una religión propia, una religión que convertía a sus obsesiones en doctrinas, una religión que busca la trascendencia sin catedrales y sin catecismos y una religión, por fin, tan similar en sus respiraciones y apetencias a aquella que hacen suya esos padres fundadores que fueron, en las costas transatlánticas, Pablo Neruda (el de las *Residencias*), Octavio Paz (el de *Libertad bajo palabra*), José Lezama Lima (el de *Enemigo rumor y Paradiso*), César Vallejo (el de *Trilce*). Y más: en una tentativa (consciente o inconsciente: tanto da) muy de artista por aspirar a la sobrevida, él parece haber apostado por una persona que se recostaba, es verdad, en un ejercicio de ademanes monásticos, huérfano del esencialismo redentor pero muy atravesado por esos rasgos clericales que se manifiestan en la renuncia a las señas de identidad nacionales para optar por el estatuto del exilado infatigable, en la búsqueda de unas afueras en las que situar el combate espiritual a sabiendas de que nadie es profeta en su tierra y en la apuesta por un peregrinaje que abandona los bienes propios y ajenos y se desentiende de cualquier pretensión de pertenencia o apropiación. Hasta la acedia del melancólico que, en el claustro monástico, hace del eros una referencia que se apoya por igual en el luto del apartamiento y en el narcisismo regresor, resulta, en este contexto, parte constitutiva de una estrategia que vuelve el retiro solitario y el carácter desafecto, unas prácticas destinadas a allanar la contemplación. *Etre dépaysé* implicaba, también y como lo sabe cualquier seguidor atento del canon goytisolano, situarse en las afueras y en los arrabales, desplazarse a la marginalidad y borrar las fronteras: elogio de lo transterritorial, repudio de las familias, porfía en el mestizaje. Cabe recordar, para abonar en estas cuestiones (unas cuestiones que son, como siempre ocurre en el universo de las artes, ambiguas y contradictorias en la

misma medida en que aquí se graban y más allá se borran, sometidas como están al movimiento de la antagonía y la crítica), que Juan, al confeccionar su parco linaje patrio contemporáneo, eligió a José Ángel Valente como su amistad literaria más próxima: Valente asimila pero nunca confunde la experiencia interior del artista con la experiencia del místico y literariamente no duda en mezclar la poesía y el ensayo en una estructura bastarda. También en este sentido, importa agregar que *El exiliado de aquí y de allá* fue, en 2008, la última pieza narrativa de Juan, y agregar, acaso como dato todavía más significativo, que *Belleza sin ley* (título que es a la vez un hallazgo y un programa) fue, en 2008, el libro que más milita a favor de una idea y una práctica personales de la literatura y que por ello comenta y revisa unas obras que, a la manera de una religión, se quisiera que fomenten y organicen un religamiento –un vínculo y un reconocimiento–. Mayoritariamente, y con escasas excepciones, no son obras las que allí se convocan a las que el lector acuda de forma espontánea; son obras que, desde la complejidad y la complicación, llaman y solicitan a quienes son capaces de descifrar un código y acceder a una comunión. No está de más traer a cuento aquí que Juan construyó, en un trayecto largo de muchos títulos que nunca conoció el cansancio o el desánimo, una congruencia literaria y testimonial cuyo primer y gran mérito es el de existir en y para un momento histórico determinado, el de apretar unos resortes circulares que envuelven un mundo y el de proponer un acento –literario, moral, político– inconfundible que acabó por ganar autoridad dramática y presencia resonadora. Que allí, casi siempre, o siempre, Juan ennegreciera las tintas y sobreactuara es cosa ínsita a un carácter innegociable y a una táctica escritural. Tanto monta, monta tanto...

Dépaysement // Chagrin. Telón de boca, de 2003, debe leerse como la despedida de Juan, como el libro que se reclina en la sombra enorme del Tolstoy de *Una Confesión*: "Today or tomorrow sickness and death

will come –they have come already– to those I love or to me; nothing will remain but stench and worms..." ("Hoy, o mañana a más tardar, la enfermedad y la muerte se harán presentes –de hecho ya están presentes– en aquellos a quienes quiero y en mí mismo; nada quedará sino hediondez y gusanos...") como el libro que si no liquida el *dépaysement* sí lo vuelve más aún radical, y como el libro que hace suyo el *chagrin*, esa palabra que es la palabra final de una cita del *Temps retrouvé* con la que el libro se cierra y que reza así:

"Car il y a dans ce monde où tout périt, une chose qui tombe en ruine, que se détruit encore plus complètement, en laissant encore moins de vestiges que la Beauté: c'est le chagrin."

Chagrin: tristeza, congoja, pesadumbre, desazón, amargura, quebranto, aflicción, angustia, depresión... Una larga cadena de equivalencias para dar cuenta de una herida crepuscular, una herida casi póstuma. Se impone, entonces, recordar que en *Ardores, cenizas, desmemoria*, de 2012, que recoge los únicos poemas por él escritos, Juan –un Juan ya dañado y sin ilusiones— dice que:

"Feliz el que se muere
sin saber que se muere. "

Parece que, en efecto, Juan murió sin saber que se moría. Una prueba más de que la escritura provoca la realidad, la hace patentizarse. Una prueba más de que la religión del arte –que se admita, en estos contextos, tamaña ampulosidad, que habría hecho apenas sonreír malicioso a nuestro autor– es la única religión que realmente existe. ☺

DANUBIO TORRES FIERRO ES ESCRITOR.